

OLIVIER

I

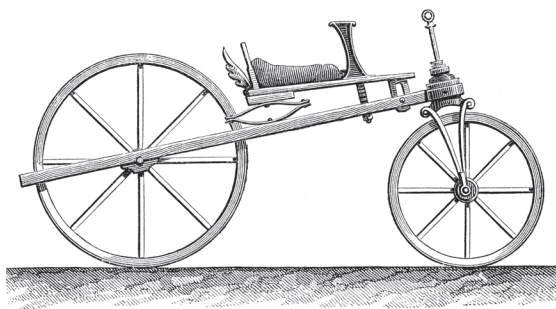
Tengo muy claro que, antes de mi nacimiento, sucedió algo cruel y catastrófico, y sin embargo mis padres, el comte y la comtesse, no me decían qué era. Como resultado de ello, mi órgano de la curiosidad se volvió irritable y me convertí en la criatura más inquieta y enfermiza que imaginarse pueda: flaco, pálido, siempre encaramándome, siempre metiendo la nariz en todas las acequias y buhardillas del château de Barfleur...

Pero tened esto presente: dada la ferocidad de mis pesquisas, ¿no os parece natural que me topara con el *célérijfère* de mi tío?

En vuestras familias el *célérijfère* tal vez fuese de dominio público, pero en la mía, como todo lo demás, era un misterio. Aquella torpe bicicleta de madera, construida por mi tío Astolphe de Barfleur, no salió a la luz hasta que un par de pizarros itinerantes la entrevieron atada a las vigas. No sé, ni imagino, por qué mi tío, ya que supongo que fue él, tuvo que atarla allí y utilizó para ello dos correas de cuero para perro. Es muy propio de mí imaginar enseguida una tragedia —que ha muerto un fiel animal de compañía, por ejemplo—, pero quizá las traíllas de cuero eran lo que mi tío tenía más a mano. En cualquier caso, este era uno de los típicos enigmas atrapados en el interior del château de Barfleur. Al menos no fui yo quien lo encontró y eso hace que incluso ahora se me acelere el pulso al imaginar cómo habría reaccionado mi madre si así hubiera sido. Sus disgustos eran siempre imprevisibles. En cuanto a sus pasiones maternas, no las expresaba de forma convencional, aunque yo disfrutaba de las ocasiones, en abso-

luto infrecuentes, en las que ella temía que yo fuera a morir. En el año de 1809, consta en los archivos que llamó al médico en cincuenta y tres ocasiones. Veinte años más tarde, seguía adoptando las medidas más extravagantes para salvarme la vida.

Mi infancia no estuvo bendecida ni mancillada por el *célé-rifère* y no lo habría mencionado en absoluto, salvo que aquí lo tenemos ahora, delante de nuestros ojos.



Como es habitual, el dibujante austriaco no logra plasmar las tres dimensiones.

Sin embargo:

¿Existe vehículo más apropiado para la tarea que tan temerariamente me he marcado, una tarea que vosotros, por cierto, apoyáis solo por el hecho de tener este volumen entre las manos? Quiero decir que habéis aceptado que os transporte a mi infancia, donde se demostrará, o, si no se demuestra, se apuntará con fuerza, que la mismísima forma de mi cabeza, mi frenología particular, el volumen de mis pulmones, vinieron determinados por unas presiones desconocidas que ocurrieron en los años anteriores a mi nacimiento.

Así pues, vamos a pensar que una grotesca y antigua bicicleta, con su estructura de madera en forma de caballo, está a nuestra disposición. Y, naturalmente, si vamos a acercarnos a mi casa de ese modo, tenemos que estar dispuestos a empujar el invento de mi tío sobre las ramas caídas entre los matorrales. Es prácticamente inútil en los terrenos irregulares del bosque, donde el abbé de La Londe, mi querido Bébé, y yo cazamos tantos

cientos de gorriones y alondras que me hice un morado en el enclenque hombro.

—Con cuidado, querido Olivier, con cuidado.

Podemos pasar por alto, de momento, las hemorragias nasales, aunque, siendo realista, la sangre puede preverse enseñada —chorros espectaculares, surtidores espléndidos—, dado que mi cuerpo siempre ha sido un recipiente de paredes demasiado finas para las pasiones que corren por sus venas, pero, mientras inventamos nuestra aventura, supongamos que no hay sangre, ni compresas, ni sanguijuelas, ni galopadas salvajes para levantar al médico de su mesa a la hora del desayuno.

Y de este modo los lectores podemos dejar el sedoso y traicionero Sena y cruzar los bosques escarpados y entrar en el camino que discurre entre los tilos, y yo, Olivier-Jean-Baptiste de Clarel de Barfleur de Garmont, noble natural de Miopía, soy libre para hablar como Mercurio mientras señalo el nebuloso huerto de la izquierda y la acuarela borrosa de las plantaciones de frutales a la derecha. Aquí está el estercolero de la carretera del pueblo, al otro lado de la cual puedo navegar, patinar, cegato como un murciélago, cruzando las puertas abiertas del château de Barfleur.

Hola, Jacques. Hola, Gustave y Odile. Estoy en casa.

Dentro, a la derecha, está el juzgado donde papá celebra los matrimonios de los jóvenes campesinos, con lo cual se libran del servicio militar y de una muerte prematura en el ejército de Napoleón. No es preciso decir que no somos partidarios de Bonaparte, y mi papá deja las intrigas para los otros. Llevamos «una vida tranquila», dice. «En Normandía, en el exilio», dice también. Mi madre dice lo mismo, pero con más amargura. Solo en nuestra arquitectura ya se vislumbran señales del poderoso trauma familiar. Llevamos una vida tranquila, pero nuestro patio parece un campo de batalla, su antigua austeridad insultada por un mar de trincheras, fortificaciones, barro rojo, arena blanca, losas de piedra gris y cincuenta y cuatro forsitias con las raíces ovilladas como bolas de arpillera. A fin de que el patio adquiera la gloria que le corresponde, se ha instalado a un arquitecto austriaco en la Habitación Azul, con sus tablas de dibujar y sus lápices. Al pasar, tal vez vislumbraréis a esa engréida criatura.

He omitido mencionar el defecto más serio del vehículo de mi tío, es decir, la falta de velocidad. Tiene otros fallos, además, pero ¿a quién le importan? El *célérifère* de dos ruedas era una de esas deslumbrantes máquinas de las que, al principio, todo el mundo se burla porque no son prácticas hasta que, de repente, en una avalancha, como un criado italiano cayendo por una escalera, llegan ante nosotros, inevitablemente reales y extraordinariamente útiles.

Los años anteriores a 1805, cuando me entregaron por primera vez al pecho de mi madre, constituyeron una época de inventos de gran belleza y gran terror, y yo me percaté enseguida de todo ello sin saber exactamente qué eran la belleza o el terror. Todo lo que comprendía lo extraía de lo que llamamos el «agregado simbólico», es decir, de la confluencia de los secretos, el inquietante sabor de la leche de mi madre, mi propia respiración, los mugidos verdaderamente horribles e implacables del maldito ganado, los cuales, sobre todo las tardes de invierno, a la hora en que, una vez más, los criados todavía no habían encendido las lámparas, me acongojaban hasta lo indecible.

Sin embargo, se han gastado cientos de palabras y a buen seguro ha llegado la hora de entrar en ese *château*, desplazándonos silenciosamente en nuestra bicicleta entre las dos altas puertas azules desde donde, tras doblar de repente a la derecha, saldremos catapultados por la larga y alta galería, viajando tan deprisa que gritaremos y tendremos tiempo suficiente para vislumbrar, a la izquierda, al arquitecto presuntuoso y a su ayudante alto y rubio. A la derecha —mirad deprisa—, hay seis altos ventanales, y cada uno de ellos muestra el inquietante alboroto del patio y las puertas, al otro lado de las cuales, los campesinos y sus animales constantemente lo llenan todo de paja y heces.

También veréis, entre cada ventanal, el retrato de un Garmont o de un Barfleur o de un Clarel, una familia que se remonta tanto en el tiempo que si mi padre, en los oscuros días de la revolución, hubiese querido quemar todas las cartas y documentos que lo vinculaban de manera irrevocable con esos privilegios y peligros, habría visto sus papeles elevarse de la hoguera del patio todavía vivos, cuatrocientos años de historia convertidos en cuervos de fuego, levantados por alas de llamas,

una multitud de ellas, emergiendo hacia un frío cielo azul turquesa que yo no había nacido aún para ver.

Hoy, sin embargo, el día es claro y soleado. La larga galería es una pista de carreras con los suelos de mármol, y nos deslizamos hacia la puerta baja y oscura, el pequeño oratorio donde, con frecuencia, maman pasa las mañanas rezando.

Pero mi madre no está rezando, así que, para ir a visitarla, tendremos que llevar nuestra máquina. Que alguien hubiera elegido el roble para un artilugio así desafía los límites de lo creíble, pero es evidente que mi tío era una suerte de artista peculiar. Ahora, en estos interminables peldaños, siento la lenta queja de mis pulmones como si una cola de rata me limase la garganta. Esto no es divertido, caballero, pero no se alarme. Aunque sea un chico flacucho con los hombros caídos y los brazos delgados, tengo la sangre fría y poderosa, y nadaré en un río, y cazaré un pájaro, y llevaré el *célérifère* hasta el segundo piso, donde le presentaré la figura arrebozada y de ojos vendados del diván, mi madre, la comtesse de Garmont.

Pobre maman. Mirad cómo sufre, su rostro demacrado y reluciente en la penumbra. De joven, nunca estuvo enferma. En París fue una belleza, pero París le fue arrebatado. Tiene su propia casa majestuosa en la rue Saint-Dominique, pero mi padre es un hombre cauteloso y ahora estamos exiliados en el campo. Mi madre guarda luto por París, aunque a veces uno creería que es una penitente. ¿Ha pecado? Si lo hubiese hecho, ¿quién me lo diría? Su vestimenta es oscura y muy ancha, como los hábitos de las religiosas. Su vida es una suerte de sufrimiento sagrado que existe en un plano superior al del hijo que solo la decepciona.

Yo también estoy enfermo, pero no es lo mismo, de ninguna manera. Yo soy, como a menudo me defino, una bestia miserable.

Mirad: la horrible criaturita, la cabeza debajo de una toalla, rodeado de vapor, y el bueno de Bébé, que me hacía de enfermero con la misma frecuencia que de confesor y tutor, sentado pacientemente a mi lado, con su manaza en mi estrecha espalda mientras yo me debatía con unas respiraciones tan largas y ruidosas que incluso en el paroxismo de la crisis me dormía y despertaba con la nariz escaldada en la palangana, los pulmones como pescados en un balde, boqueando sin parar.

¿Tras cuántas noches de asfixia estaba todavía despierto para presenciar la pálida luz de la aurora que levantaba las hojas de los álamos bañadas de rocío sobre las negras aguas de la noche, para oír los graznidos de los cuervos, los tormentos de gárgola antigua de la vida en el campo?

Sabía que en París me curaría. En París sería feliz.

El abbé de La Londe opinaba todo lo contrario. Decía que París era un foso de miasmas inmundos y que el aire del campo me sentaba bien. Tendría que haberme preguntado por lo que había estudiado sobre Catulo y Cicerón, pero me llevaba a rastras, mosquete en mano, a un lugar que llamábamos los Cien del Fondo, donde nos ocupábamos en disparar a las palomas y a los tordos, y Bébé jugaba a ser el batidor, el encargado de campo y el sacerdote. «Tienes una puntería espléndida, pequeño», decía Bébé, corriendo a hacerse con nuestro botín. «*Quam sagaciter puer telum conicit!*», traduje. Nunca supo que yo era corto de vista. Deseaba tanto complacerlo que disparaba contra cosas que no veía.

Mi madre quería que lo tratara de vos y de «L'Abbé», pero su carácter era tal que sería Bébé hasta el día de su muerte.

Para él, yo era una extraña criatura a la que amar. Se trataba de un hombre fuerte y apuesto, con el pelo blanco como la nieve y unos ojos sagaces que fácilmente se conmovían. Había criado a mi padre y yo me confié por entero a él, a sus manazas con arañas vasculares, su actitud paciente, el olor de tabaco de Virginia que manchaba el hombro de su casaca y me llenaba con los átomos de América veinte años antes de respirar el aire de ese país. «Ven, joven —decía—. Ven, hace un día hermoso, *Decorus est dies.*» Y el granizo me dejaba la espalda en carne viva y él se maravillaba, no de los crueles golpetazos, sino del milagro del hielo. Y si no era el hielo, era el viento, que soplaba con tanta violencia que parecía que el mismísimo mar del Norte se colase por el Sena y fuera a llevarse el muro que separaba el río del *bain*.

Los mansos no nadaban, pero Bébé se aseguró de que yo no fuese manso. Se zambullía en el extremo profundo del *bain*, desnudo como una estatua rota, y decía: «Vamos, gran Olivier».

Si me convertí —en contra de todo lo que Dios tenía previsto para mí— en un vigoroso nadador no fue debido a las dañinas

enseñanzas de Jean-Jacques Rousseau, sino a este buen sacerdote y a mi deseo de complacerlo. Yo hacía lo que fuera por él, incluso ahogarme. Debido a él, me veía continuamente alejado de la espantosa *atmosphere* de la casa de mi infancia, y si pasé demasiadas noches en compañía de médicos y sanguijuelas, conocí, a pesar de mí mismo, los placeres sensuales de las estaciones del año y el buen barro rojo secándose en mis delicadas manos.

Y, como es natural, exagero. Viví en el château de Barfleur durante dieciséis años y a mi madre no siempre la encontraba tumbada en su refugio con el lienzo mojado sobre los ojos. Encima del escritorio cerrado con llave de mi padre, había un retrato a lápiz, grande y bonito, de mi mamá, tan liviana como el sueño de un niño que no ha llegado a nacer. Su nariz tal vez se excedía de estrecha y era algo severa, pero el cuadro había plasmado su auténtica vitalidad. Lucía una frente despejada, una expresión franca, unos ojos inquisitivos que miraban directamente al observador del retrato, y no solo allí, sino en todas partes, porque habría muchas noches en mi infancia en que se levantaría de la cama, se vestiría con todo su esplendor y recibiría a nuestros viejos amigos, no a aquellos que habían ascendido deprisa y muy recientemente, sino a la nobleza de toga y espada. Estar en el patio aquellas veladas, con todos los coches magníficos escondidos de la vista detrás de los establos, ver la luna difusa y las nubes acuosas que pasaban a toda velocidad sobre Normandía, era encontrarse transportado a un tiempo pasado, y uno se acercaba a la majestuosa puerta principal no a toda velocidad en una bicicleta, sino con paso firme y los pies calzados con sandalias y, al entrar, no olía a polvo ni a telarañas sino al fino almidón de las pelucas de los hombres, los encantadores perfumes de los pechos de las mujeres, la *palette* extraordinaria del *ancien régime*, con aquellos rosas y verdes, en espléndidas sedas y satenes cuyos colores subían y bajaban entre los pliegues y se fundían en aquella noche iluminada con velas y, en esas ocasiones, mi madre era la más luminosa de entre las bellas. Y, sin embargo, su auténtica hermosura —evanescente, palpitante, más profunda y más veteada que la del retrato a lápiz— no se manifestaba hasta que los criados con librea

se retiraban. Entonces se corrían las cortinas y mi padre preparaba el café y lo servía cuidadosamente a sus compañeros, uno por uno, y mi madre, cuya voz en su lecho de dolor era fina como el papel, empezaba a cantar:

*Un trovador de Béarn,
con los ojos llenos de lágrimas...*

En ese momento, su actitud no era menos formal. Dejaba sus esbeltas manos en el regazo y a quien decidía revelar su fuerte voz de contralto era al mismísimo Dios. He recordado a menudo en público, ahora parece que indiscretamente, a mi madre cantando «Troubadour Béarnais» y, de resultas de ello, esa historia ha adquirido un opaco barniz protector como una cerámica cautiva en un museo, sobre la que los excesivamente conocidos han inquirido demasiadas veces. Tanto es así que cualquier burgués que hable de tú así como su esposa saben que la comtesse de Garmont cantaba sobre un rey muerto y lloraba, pero nada les revelará nunca el asombro temeroso de Olivier de Garmont ante las emociones de su madre y —que Dios me perdone— yo sentía celos de la pasión que tan disolutamente exhibía, aquella caja fuerte de emoción histórica que ella me había ocultado. Cuando debía cuadrarme con cortesía al lado de la silla de mi padre, tenía que ocultar mis emociones mientras ella expresaba un placer que por derecho era mío. Nuestros invitados lloraban y yo experimentaba una violenta repugnancia ante aquel acto íntimo realizado en público.

*Con los ojos llenos de lágrimas
cantaba a sus gentes de la montaña
este alarmante estribillo:
Luis, hijo de Enrique,
está cautivo en París.*

Cuando mi madre terminaba, cuando nuestros amigos callaban en solemne silencio, yo cruzaba la amplia alfombra para detenerme junto a su silla y, muy quedamente, como un escorpión, le pellizcaba el brazo.

Por supuesto, se quedaba asombrada, pero lo que recuerdo sobre todo es mi malvado y desenfrenado placer en la transgresión. Ella ponía unos ojos como platos pero no lloraba. En cambio, ladeaba la cabeza y, desde debajo de aquellos ojos llorosos, me dedicaba una desdeñosa sonrisa.

Entonces me dirigía, muy tranquilo, a mi cama. Esperaba llorar cuando cerrase la puerta a mi espalda. Y de hecho lo intentaba, mas no me salía enseguida. Aquellos sentimientos eran extraños y de una excitación excesiva pero, al parecer, no eran de esos que provocan lágrimas. Eran de una suerte distinta, completamente nuevos, quizá más similares a esos que uno esperaría encontrar en un chico mayor, en cuyo ser medio ignorante se levanta la savia de la vida. Podían parecer emociones encendidas por pensamientos pecaminosos, pero no lo eran. Lo que yo había oído en aquella canción, en aquella sala llena de nobles, era la esencia destilada del château de Barfleur, la cual no era otra cosa que la obscenidad y el horror de la Revolución francesa tal como le había sobrevenido a mi familia. De esta monstruosa verdad no se pronunció nunca una palabra sincera en mi presencia.

Mi madre no me castigaba por pellizcarla. Se comportaba con frialdad, lo cual era mucho mejor. Entonces yo descubría qué había causado aquel olor, hurgando en los cajones de su escritorio mientras ella rezaba. Cogía la llave de la biblioteca y examinaba los papeles de los cajones del escritorio de mi padre. Me encaramaba en las sillas. Buscaba en los rincones prohibidos y oscuros del château donde la *atmosphere* era, en cierto modo, la más peligrosa y sucia, más allá del decoro de la biblioteca, más allá de la seca y segura bodega de vino, al otro lado de un tenebroso portal bajo y cuadrado, en aquel espacio oscuro, bajo e interminable, donde las telarañas prendían a la llama de la vela. No encontré nada, nada excepto pavor que se mezcló con el polvo de las manos y me hizo sentir muy enfermo.

Sin embargo, no cabe duda de que *Silices si levas scorpiones tandem invenies*, si levantas piedras suficientes, finalmente encontrarás un nido de escorpiones, o un ser pálido y traslúcido que ha sido engendrado para vivir en una sentina o en los fue-

gos de una forja. Y no me refiero a las cartas que cierto monsieur había escrito a mi madre, las cuales yo preferiría no haber visto nunca. En cambio, fue junto a la forja donde descubrí la verdad, en forma de unos vulgares paquetitos. Me habían esperado en la penumbra humeante y podría haberlos abierto el día que me hubiese apetecido. Incluso el Olivier de cuatro años habría podido cogerlos pues el estante era tan bajo que el herrero lo utilizaba para apoyar sus herramientas contra él. Lo natural era suponer que aquellos paquetitos constituían el legado de algún jardinero fallecido mucho tiempo atrás: semillas secas de salvia o tomillo, cuidadosamente envueltas, para una estación del año que algún Jacques o Claude no había vivido lo suficiente para ver. Cuando metí en ellas mi nariz llena de mocos, mucho tiempo después de haber pellizado a mi madre, todavía desprendían un olor característico pero que aturullaba. ¿Era un buen olor? ¿Era un mal olor? Realmente, no lo sabía. Ni siquiera Montaigne, a quien le interesan en grado sumo los olores de las mujeres y de las comidas, está capacitado para explicar esto. Montaigne hace caso omiso de los órdenes inferiores del moho y de los hongos, de la muerte y de la sangre, los cuales le habrían sido más útiles que su ridícula afirmación de que el sudor de los grandes hombres —menciona a Alejandro Magno— exudaba un olor agradable.

El viejo herrero había muerto el invierno anterior. El nuevo se llamaba Gustave, y Jacques era su aprendiz. Hacía poco habían restaurado las dañadas puertas de hierro con sus afiladas agujas en lo alto y en aquel momento las estaban colgando de nuevo. Mientras Gustave le gritaba a Jacques, coloqué el primero de aquellos mohosos paquetes en las losas del suelo. Realmente no transmitían muerte u horror. El envoltorio amarillento de papel de periódico, al ser tan viejo, se rompió como las galletas que comemos por Epifanía aunque, en este caso, no contenían la deliciosa crema de almendras llamada frangipane, sino —¿qué veían mis ojos?— el cuerpo disecado de un pájaro, una paloma de cuyos secos restos salía una hilera de hormigas negras, y fueron las hormigas las que me causaron una gran inquietud. Quiero decir que me subieron por los brazos y me bajaron por el cuello y me mordieron. Me puse a correr de

una punta a otra del patio llorando y no estuve a salvo hasta que Gustave me quitó la camisa.

Tan fuertes fueron mis gritos que mi padre salió del juzgado con la peluca y la toga. Tras él apareció un robusto novio de nariz grande y miraron lo que yo había encontrado. Entonces, Gustave y Jacques sacaron decenas de paquetes como aquellos y los colocaron, siguiendo las instrucciones de mi padre, en una pulcra hilera a lo largo de la fachada lateral del edificio. Cuando estuvieron todos dispuestos, mi padre dio la orden de que fuesen destruidos, lo cual supuse que se debía, naturalmente, a que estaban llenos de hormigas horrendas.

Atraída por mis gritos, Odile salió a ver qué ocurría y Bébé hizo lo propio. Para tratarse de un lugar como ese, aquello constituía todo un gentío. Pero entonces llegó mi madre, cruzando las puertas abiertas en el Torturador —que era el nombre que le habíamos puesto a su bamboleante carruaje—, y, al cabo de un momento, se apeó y se metió en medio de todo aquello, contra los deseos de mi padre.

—No, Henriette-Lucie, no lo hagas.

Estas fueron exactamente las palabras que pronunció.

Mi madre le quitó el arrugado papel de la mano a mi padre.

—¡Mis palomas! —gritó.

No lo entendí, ni siquiera durante un segundo, pero había encontrado la mismísima explicación de mi vida.

Mi madre se llevó el pañuelo a la boca. Parecía estar vomitando. Estaba ciega a mí, medio muerta de noble vergüenza. No la atenderían los criados, sino que sería el aristocrático Bébé quien la acompañaría al château. Nadie se fijó en mí y yo me quedé atrás mientras mi padre ordenaba al novio y a la novia que entrasen de nuevo en el juzgado. Me quedé a presenciar la incineración de las palomas, pero ni siquiera entonces comprendí que cada uno de los paquetes contenía una víctima de la revolución.

Y hurgando entre el revestimiento de las paredes, fácilmente rescaté una frágil hoja de papel y, tratándola con el mismo cuidado que si fuera una bonita mariposa, me la llevé al bosque para leerla.